

ras ni de sus escuelas á nadie, fué el país favorito de los nuevos peregrinos, y la célebre ciudad de Zurich fué su Jerusalén. De todas las partes de la Rusia, de las llanuras pacíficas del Volga, de los montes del Cáucaso y de la lejana Siberia se presentaron en Zurich jóvenes que apenas contaban diez y seis años, provistos de escasos medios, anhelantes de la instrucción que les podía facilitar la independencia; pero al llegar á aquel país no encontraron únicamente escuelas de medicina, sino también un gran movimiento social del cual nada hasta entonces habían oído hablar. Se manifestó entonces una nueva diferencia entre el primitivo nihilismo y el socialismo de la nueva generación. ¿Qué significan, se preguntaron aquellas jóvenes, la instrucción y el saber sino un medio de alcanzar una posición más ventajosa entre las clases privilegiadas, á las cuales ya pertenecemos? ¿Quién fuera de nosotras sacará de esta ciencia ventaja alguna? Y si no las saca nadie, ¿cuál es la diferencia entre nosotras y el enjambre de vampiros que viven del sudor y de las lágrimas de nuestros infortunados aldeanos? Con esto abandonaron las jóvenes la medicina y empezaron á asistir á las sesiones de la *Internacional*, á estudiar economía política y á leer las obras de Marx, de Bakunine, de Proudhon y demás fundadores del socialismo europeo. En poco tiempo se transformó la ciudad de Zurich de un lugar de ciencias en un inmenso centro socialista. Su fama corrió por toda la Rusia y atrajo centenares de visitantes de ambos sexos, hasta que el gobierno imperial publicó como última resolución de prudencia y de precaución el vergonzoso é injusto ukase del año 1873, que ordenó á todos los rusos so pena de expatriación abandonar inmediatamente la terrible ciudad de Zurich. Entre los jóvenes rusos que se hallaron allí reunidos se forjaron planes más ó menos vagos de regresar á su país y de hacer allí propaganda á favor de la *Internacional*. El ukase tuvo por consecuencia que en lugar de presentarse en su país en el transcurso de años uno á uno los adeptos del socialismo y de la *Internacional*, se presentaron todos á la vez (1). En su país encontraron en Moscú, en San Petersburgo, Kieff, Kharkoff, etc., sociedades secretas de correligionarios que les dieron calurosamente la bienvenida. A la pregunta de la novela de Cheskaiky: «¿Qué debemos hacer?», contestaron aquellos jóvenes ardientes con la palabra de Bakunine: «Fraternizar con el pueblo», y así lo hicieron.

Obedeciendo á las órdenes de un directorio secreto al cual se prestaba obediencia incondicional, se esparcieron los apóstoles del nuevo evangelio en el año 1873, desde la capital, por las provincias, y penetraron en las escuelas, en las aldeas, en las fábricas y en todas partes impresos incendiarios procedentes de la imprenta federal de Ginebra. Despreciando los trabajos, privaciones y peligros de su misión, las persecuciones de la policía y los malos tratos del pueblo al cual se proponían libertar, hicieron la propaganda. En sus libros decían: «Ha sonado la hora de la destrucción del mundo antiguo de los *burgueses*, y sobre sus ruinas se levantará un mundo nuevo fundado sobre la fraternidad de todos los hombres, en el cual no habrá ya miseria ni lágrimas. Arriba, pues, manos á la obra, viva la revolución, único medio de realizar este ideal precioso.» Estudiantes de ambos sexos que habían leído todos los libros imaginables, pero que no habían aprendido nada de la vida práctica, salieron de sus buhardillas de algún callejón de San Petersburgo, donde habían vivido hasta entonces, y recorrieron cientos de leguas del país; dejaron su traje de ciudad y se vistieron de aldeanos y aldeanas, de obreros y obreras, y por este medio entraron en fábricas, talleres y haciendas, abrieron escuelas en las aldeas,

(1) *La Rusia subterránea*, págs. 20 y 21.

pronunciaron discursos en las tabernas, y todo lo que decían en sus conversaciones y en sus discursos se relacionaba con los escritos en que habían estudiado y que giraban siempre alrededor de su misión de propaganda, á saber: que el labrador y el obrero eran los animales de carga de la sociedad; que el obrero apenas podía mantener á su mujer y el labrador había recibido solo una parte del peor pedazo de terreno; que ellos tenían que sobrellevar todas las cargas; sobre ellos solos pesaba el servicio militar, y el labrador mantenía con el sudor de su frente á los empleados y nobles, al czar y al clero. ¿Por qué todo esto? Porque no tenía el valor de ayudarse á sí mismo, porque no tenía el valor de levantarse con fuerza gigantesca para acabar con el reinado de la injusticia y crear el del derecho y de la libertad de todos, reinado en el cual no debía haber ya nobleza, ni empleados, ni czar ni clero (2).

Turgueneff explica en su novela (*Tierra nueva*) cómo jóvenes de ambos sexos, hijos de padres honrados y respetables, de pureza intachable, llegaron á este grado de fanatismo y se embriagaron con proyectos temerarios; y describe el fin y los tristes desengaños de estos fraternizadores con el pueblo.

Treinta y siete provincias se hallaban ya contagiadas de esta enfermedad cuando el gobierno intervino, en mayo de 1875, decretando prisiones cuyo número debió de ascender á muchos miles.

La propaganda del socialismo en 1875 se estrelló contra la intervención del gobierno, la inmovilidad de las masas y la falta de práctica de sus propios apóstoles. Pero la publicidad de las causas criminales de 1877 y 1878 causó al gobierno heridas mucho más sangrientas que todo cuanto se había hecho hasta entonces por medio de «colonizaciones» y motines callejeros. Después del célebre proceso «de los cincuenta», que se vió en Moscú en febrero y marzo del año 1877, produjo aun mayor efecto la causa «de los ciento noventa y tres», que después de tres años de preparativos, desde octubre de 1877 hasta enero de 1878, se vió en San Petersburgo (3), y resultó nada menos que una condenación pública de todo el sistema dominante. Para mayor desgracia la Rusia acababa entonces de experimentar en la lucha con la despreciadísima Turquía tres derrotas sangrientas delante de Plewna (19 de julio, 30 de julio y 11 de setiembre de 1877), después de haber indignado á todo el mundo por su mala administración y la ineptitud de la dirección militar. En esta causa, la mayor de las formadas á los nihilistas, estuvieron interesadas 3,800 personas, de las cuales fueron acusadas particularmente 770, y de ellas comparecieron 193 ante el tribunal. Durante el juicio oral, que empezó el 30 de octubre, el banco de los acusados fué la tribuna desde la cual se dirigieron los ataques más furibundos contra el gobierno. Los acusados imberbes hablaron con un entusiasmo y una energía que hubieran hecho honor á cualquier parlamento, y se presentaron con una intrepidez y un desprecio á la muerte dignos de los representantes de una causa grande y sagrada. Sus abogados les asistieron como si hubiesen estado conjurados con ellos, y sus jueces se condujeron tan torpemente como si hubiesen estado paralizados por la conciencia de la perversidad del sistema cuyos servidores eran.

«Esto no es tribunal, dijo el acusado Myschkin, sino una farsa necia, algo más vergonzoso que un lupanar. Allí la miseria induce á las mujeres á comerciar con su propio cuerpo y aquí vemos á ilustres senadores comerciar vilmente con la vida de otros, con la verdad y la justicia y con todo lo que

(2) *El nihilismo en Rusia*, V. de Bruggen.

(3) Thun, págs. 148 y 150.

hay más sagrado para la humanidad.» Al oír esto se originó entre los acusados y los guardias una verdadera pelea; las mujeres se desmayaron y fué menester que acudiese la fuerza pública para despejar el local (1). El 23 de enero de 1878 fué sometido el fallo del tribunal al emperador; pero Alejandro II al día siguiente, y antes de dictar su resolución, quedó horrorizado ante un crimen nihilista que le mostró una verdadera sima abierta á sus pies.

Aquel día, uno de los destinados á recibir peticiones, se presentó en el palacio del director general de policía, Trepoff, una joven de 25 años llamada Vera Sassulich; y mientras aquel jefe leía la petición sin ningún recelo, ella le disparó un tiro de revólver que le hirió, aunque no mortalmente. Hecho esto, arrojó el arma al suelo y se dejó conducir tranquilamente á la cárcel, diciendo que el tiro había sido un acto de venganza por haber sido maltratado el estudiante Bogulyuboff, al cual el general había mandado dar una tanda de latigazos.

Esta tentativa de asesinato encontró en la opinión pública rusa la secreta aprobación propia del odio que había despertado el terror de la terrible «sección tercera» de la policía. Justamente la tiranía y la arbitrariedad de la policía habían dado origen á la queja más general, y contra ellas se había esperado una definitiva garantía en la nueva organización de la justicia; pero apenas los nuevos tribunales habían absuelto á los acusados en algunos casos, la policía procedía á enmendar el fallo como si no hubiese ley ni derecho, condenando y castigando á acusados absueltos, admitiendo quejas civiles é imponiendo penas como si no existiesen tribunales ordinarios. El general Trepoff, sobre todo, había introducido hasta en los tribunales de información un procedimiento indigno. Los mismos funcionarios imperiales de los tribunales, indignados de estas extralimitaciones, se alegraron de la venganza de Vera Sassulich. Su crimen sin ninguna duda era un crimen político, y en rigor no correspondía al jurado; pero el ministro de Justicia, el conde de Pahlen, consiguió del emperador que la causa pasara al jurado, y en 1.º de abril empezó el procedimiento público ante el de San Petersburgo. Este jurado se componía en su mayor parte de funcionarios del Estado, cuya tendencia quedó desde luego manifiesta cuando el fiscal calificó la tentativa de protesta laudable de la dignidad humana y encontró únicamente punible que Vera se hiciese justicia por su propia mano. El mismo fiscal después no encontró nada que replicar al discurso de defensa, que duró dos horas y que produjo gran efecto. Los jurados fueron todavía más léjos, y á la pregunta de si la acusada era culpable del delito de haber disparado un tiro contra el general Trepoff, respondieron: No. Con este no, quedó la joven no solamente absuelta, sino celebrada como heroína, y el veredicto fué recibido con aplauso por todo el público distinguido que asistía al juicio. El público que se hallaba reunido delante del tribunal condujo á la absuelta y á su abogado en hombros al coche que se hallaba preparado en la esquina inmediata. Entonces se presentó la policía, evidentemente para volver á prender á la absuelta, lo cual produjo un formidable tumulto en que se dispararon tres tiros. Gracias á este tumulto logró escaparse Vera Sassulich, primero de San Petersburgo y después de Rusia. Actualmente vive en Suiza (2).

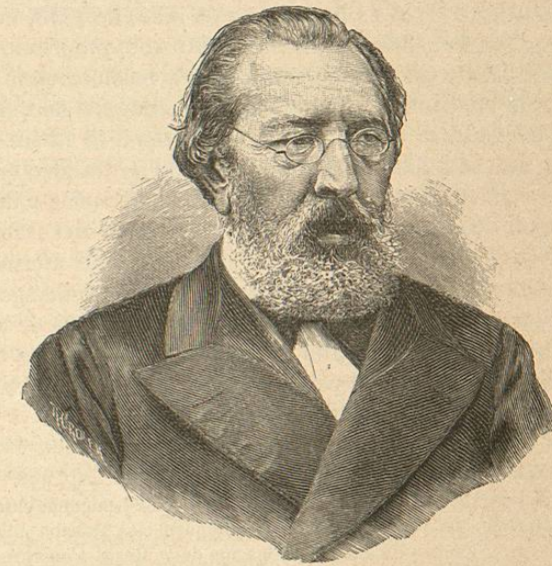
Desde aquel día, 24 de enero, fueron frecuentes los asesinatos políticos. El nihilismo había empezado su último capítulo, el cual podemos titular con Stepniak, el «terrorismo.»

(1) Thun, pág. 149; Eckardt: *La Rusia antes y después de la guerra*, Leipzig, 1879, págs. 356 y siguientes.

(2) Oldenberg, pág. 109; Thun, págs. 156 y siguientes.

Empezó con el asesinato de funcionarios y espías, y acabó el 13 de marzo de 1881 con el asesinato del mismo emperador. Durante este período las clases ilustradas, con sus reclamaciones en favor de la humanidad, asediaron al gobierno, que no sabía usar de otras armas contra el tribunal secreto de la opinión pública más que las bayonetas, los calabozos y la Siberia.

Ocho días después del atentado contra Trepoff fué víctima de la justicia popular en Rostoff un espía de la policía llamado Nikonoff, y á las tres semanas fué atacado á pistolazos en Kieff un joven empleado de la fiscalía, llamado Kotliawreski, en medio de la calle, sin que en ningún caso se pudiese dar con los asesinos. La prisión de un estudiante sospechoso dió origen á un gran tumulto estudiantil callejero que tuvo por consecuencia la expulsión de 150 estu-  
dian-



Aksakoff (según fotografía)

tes y la traslación de otros treinta á provincias lejanas. El paso de estos treinta hombres dió lugar en Kharkoff y Moscú á grandes revueltas. Después de haber sido asesinado un espía en Odesa y otro en Moscú, le tocó la misma suerte al jefe de la gendarmería, Heyking, en una de las calles más frecuentadas de Kieff, y un obrero que se arrojó sobre el asesino fué muerto de un pistolazo mientras el asesino desaparecía. Se contaban horrores de los malos tratos que sufrían los presos políticos en los calabozos de San Petersburgo y de Kharkoff. Se acusaba al general Mesenzeff, jefe de la tercera sección de la cancillería imperial, como responsable de estos malos tratos, y un día recibió un pliego en que se le comunicaba su sentencia de muerte, dictada por un «comité ejecutivo» secreto. Uno ó dos días después, el 4 de agosto de 1878, al dar su acostumbrado paseo matutino le sorprendieron dos jóvenes elegantes, de los cuales el uno disparó contra él un revólver mientras el otro le hundió su puñal en el corazón. Los dos asesinatos subieron á un coche preparado al efecto, en el cual desaparecieron sin dejar rastro. Una hoja volante que se repartió poco después y que llevaba el título de «Vida por vida» anunció que estos asesinatos continuarían hasta que el gobierno renunciara á su arbitrariedad y á su policía. Mas adelante se leyó en la prensa nihilista que «la ejecución de Mesenzeff había costado aproximadamente 6,000 rublos (3).»

Antes que el gobierno hubiera entrado en guerra abierta con el partido nihilista, con el cual la paz era imposible, ha-

(3) Oldenberg, págs. 113 á 115.

bia perdido ya el último apoyo que hasta entonces había tenido en la opinión pública. El partido panslavista le abandonó y le volvió las espaldas con el mayor disgusto, y aun pudiera decirse que se pasó á banderas desplegadas al campo de los reformadores políticos. Después de los días desgraciados de Plewna, Ivan Aksakoff era en Moscú el jefe reconocido del partido nacional que había impulsado al emperador á la guerra turca, y que siendo presidente del comité de beneficencia eslavo había hecho firmar á muchos amigos suyos una memoria destinada al príncipe heredero, en la cual se pedía la inmediata convocación de una asamblea general de representantes de provincias, es decir, una especie de asamblea constituyente, diciendo que era inevitable colocar á la cabeza de los negocios generales diplomáticos mas aptos y de mayor confianza que los consejeros actuales de su majestad para evitar un derrumbamiento general (1). Este mismo Aksakoff, el 22 de junio (3 de julio) de 1878, en la sociedad de beneficencia eslava en Moscú, pronunció un discurso en el cual en tono apasionado y revolucionario declaró que el abandono de la Bulgaria meridional de que se hablaba entonces sería una traición hecha á la Rusia. En efecto, este abandono había sido pactado en realidad en el congreso de Berlín (2). En medio de la indignación y de la tempestad que había excitado la publicación del tratado del 1.º (13) de julio firmado en Berlín, acaeció el asesinato de Mesenzeff, y cuando el emperador pidió en 20 de agosto la cooperación de la sociedad entera contra la banda de asesinos nihilistas, respondieron las asambleas provinciales con un diluvio de peticiones para ensanchar sus derechos, la libertad de la palabra, de la prensa y de reunión.

(1) Eckardt: *La Rusia antes y después de la guerra*, pág. 351.

(2) Eckardt comunica en su obra, págs. 379 á 381, algunos pasajes de su discurso: «No hay palabras que califiquen esta traición inicua hecha á la misión histórica y á la obligación de la Rusia. Consentir en la división de la Bulgaria y en el abandono de la Bosnia á Austria-Hungría significa la renuncia de la posición de la Rusia como potencia protectora y preponderante del poder eslavo y del mundo oriental ortodoxo y la pérdida no solamente de las simpatías sino también del respeto de los pueblos eslavos, que son nuestros aliados mas inmediatos y aun únicos en Europa. Para la raza eslava solo son posibles la libertad y el desenvolvimiento de todas las aptitudes intelectuales por medio de su fraternización con el pueblo ruso. La diplomacia rusa sin embargo ha decidido otra cosa. ¿Es decir, oh Rusia, que solo habrás vertido tu preciosa sangre y habrás sacrificado cientos de miles de tus hijos, siendo el único pueblo independiente y ortodoxo eslavo para que tus propios triunfos te humillen en tu posición de potencia eslava, para que aumente el poder de tus enemigos y de los enemigos de la raza eslava, sometiendo á eslavos ortodoxos al dominio de elementos católicos y alemanes? En vano has aceptado el martirio, porque has quedado burlada. — En vista de semejante necedad de las cabezas diplomáticas de Rusia, en vista de tan baja adulación, no hay palabra para expresar lo que habría sido mas pernicioso para nuestra fama interior y para nuestra paz de lo que pudiera haber imaginado el enemigo mas encarnizado de la Rusia y de su trono. Ahí podeis ver á los verdaderos nihilistas, para los cuales ni la Rusia ni su tradición ni su iglesia ortodoxa existen; esos son aquellos que á ejemplo de los nihilistas de la clase de Bogulyuboff y de la Sassulich, no tienen conciencia histórica ni sentimiento nacional. No; suceda lo que quiera en el congreso, por mucho que se crucifique el honor de la Rusia, todavía vive y será nuestro vengador, nuestro soberano. Cuando se hiela nuestra sangre al leer las noticias de los periódicos, ¿qué es lo que habrá de sufrir el czar de Rusia, que lleva ante la historia la responsabilidad de cuanto sucede á la nación rusa? El mismo ha llamado la causa de nuestra guerra, una causa sagrada. ¿No ha prometido después de su regreso del Danubio á los diputados de Moscú reunidos solemnemente y á los de las demás ciudades rusas, que llevaría á cabo esta obra sagrada? — Horribles son los males de la guerra, y no puede ser fácil para el corazón del soberano ver renovado el derramamiento de sangre; pero estos horrores no pueden evitarse ni por concesiones ni á costa del honor y de la conciencia. Esperemos, pues, y tengamos confianza, porque nuestra fe en la palabra del soberano no puede engañarnos, pues la palabra del czar: «la causa sagrada triunfará,» no puede dejar de cumplirse.»

Después de una pausa de algunos meses, originada por prisiones en masa de nihilistas, empezaron de nuevo en febrero y marzo de 1879 las tentativas de asesinato. El 9 de febrero fué asesinado de un tiro el gobernador de Kharkoff, el príncipe Kratpotkin, por el nihilista Goldenberg al regresar en coche abierto de un baile sin que fuese posible apoderarse del asesino. El 12 de marzo se disparó un tiro sin tocarle contra el sucesor de Mesenzeff el general Drentelen en medio de la calle, y se escapó como siempre el asesino. El 2 de abril de 1879 se hizo la primera tentativa de asesinato contra el mismo emperador. Durante el paseo disparó un tal Solowieff cinco tiros de revólver contra el soberano en medio de la multitud que le saludaba respetuosamente. Alejandro no fué herido, pero el 26 de agosto del mismo año el «comité ejecutivo» le sentenció á la muerte por dinamita (3).

El emperador se hallaba entonces en la Crimea y el comité resolvió volar su coche del ferro-carril en el viaje de regreso. En tres puntos donde había de tocar la línea se hallaba ésta minada con dinamita, á saber, cerca de Odesa, de Alexandrowsk y de Moscú. Todo el trabajo quedó concluido casi en el mismo tiempo por cincuenta hombres de los de mas confianza. En el barrio de Moscú inmediato á la línea férrea se habían establecido en otoño de 1879 dos jóvenes que se creían casados, el nihilista Leon Hartmann y la nihilista Sofía Perowskaya, en una casita muy humilde, para dirigir el trabajo nocturno subterráneo en la línea férrea. Sofía Perowskaya, hermosa jóven de veinticinco años, fué el alma de ésta, como también de la última tentativa decisiva del 13 de marzo de 1881. Descendiente de una de las familias mas distinguidas de Rusia, había abandonado á los quince años la casa paterna para estudiar medicina y se había hecho nihilista, hasta llegar á ser por su genio, arrojo y decision, cabeza de la seccion especial que se habia propuesto en particular el asesinato del emperador (4). Mientras los conjurados en la noche del 18 de noviembre socavaban la línea metidos en el agua helada hasta las rodillas, se hallaba esta mujer vigilando en la casa con el revólver en la mano para dispararlo en caso necesario sobre el frasco de nitroglicerina que estaba delante de ella encima de una mesa, á fin de dar la señal de que se acercaba el tren imperial, que ni siquiera había tocado en Odesa y que había pasado ya de Alexandrowsk.

La explosión tuvo efecto y destrozó el tren, en el cual no se hallaba el emperador porque á su tren había precedido excepcionalmente el de equipages, que fué el destrozado por la mina.

Para el caso de que el emperador saliera ileso también de esta tentativa, el comité secreto había preparado otra para hacerle volar con su palacio de invierno. Un nihilista temerario, llamado Chalturin, físico, había dedicado el resto de su vida al asesinato del emperador. Bajo el disfraz de un inofensivo aldeano fué admitido en el palacio de invierno como de barnizador, en cuyo oficio se mostró muy hábil. Después de haber tomado conocimiento del interior del vasto edificio, introdujo durante la noche en las habitaciones donde se había alojado, y que se hallaban justamente dos pisos mas abajo del comedor, cartuchos de dinamita, para lo cual le auxilió el nihilista Schelyaboff. Al anochecer del 5 de febrero de 1880 se oyó una detonación formidable por efecto de la cual se apagaron todas las luces del palacio; voló el comedor, y con él el aposento de la guardia de palacio que estaba debajo; 53 hombres resultaron heridos y

(3) Oldenberg, págs. 130 y siguientes.

(4) Su biografía en la *Rusia subterránea*, escrita con cierto color novelesco, págs. 126 á 145, fué utilizada por Oldenberg, págs. 156 y 157

diez muertos; pero el emperador se había salvado como por milagro, no habiendo entrado todavía en el comedor cuando estalló la mina. La llegada tardía del príncipe Alejandro de Bulgaria le había detenido y salvado.

El cambio que se efectuó entonces sorprendió á todo el mundo. El general conde Loris Melikoff, revestido de poderes extraordinarios, fué llamado á la cabeza del gobierno, y confirmó la fama que gozaba de hombre liberal renunciando al momento á las facultades dictatoriales y contentándose con el cargo de simple ministro del Interior. Abolió la famosa seccion tercera de la cancillería imperial como oficina independiente; puso en libertad á 6,000 presos, y finalmente consiguió mayor libertad de la prensa y de las asambleas de distrito y provinciales y la destitución del ministro de Instrucción conde de Tolstoy, hombre odiado de los liberales que había desempeñado aquel cargo catorce años. Oficialmente se indicaron estos cambios como preliminares de una reforma mas radical, y después de haber pasado tres meses sin haberse tenido noticia de ninguna tentativa de asesinato, el conde Loris Melikoff declaró el radicalismo reconciliado y la patria salvada. En esta confianza se decidió el emperador á dar el paso trascendental de convocar una asamblea de notables rusos para consultarles la situación del imperio, es decir, una especie de parlamento previo, al cual había de seguir necesariamente como consecuencia el parlamento verdadero. El ukase relativo á esta resolución debía firmarse solo después de «las fiestas;» pero la prisión del nihilista Schelyaboff, que se realizó el 28 de febrero, apresuró los sucesos. Por la mañana del 1.º (13) de marzo de 1881 firmó el emperador el citado documento, que parecía casi una constitución otorgada y que debía ser publicado al día siguiente en el periódico oficial. Hecho esto, asistió como cada domingo á la parada, á la cual solo había faltado durante las últimas semanas.

Lo que entonces sucedió lo dejaremos narrar por un testigo ocular, cuya relación perdería mucho mas con añadiduras que con reducciones (1).

A la hora prefijada se abrieron las puertas de la gran plaza de ejercicios y se presentó el emperador vistiendo el uniforme del batallón de ingenieros de la guardia, con su yelmo y plumero ondeante, sobre un brillante caballo negro que solía montar con preferencia. El soberano había envejecido en los últimos años, muy particularmente después de la guerra turca. El cabello y el pelo de la barba se habían vuelto grises; su fisonomía noble, hermosa y distinguida, estaba como siempre pálida; los ojos grandes, cuya mirada penetrante no olvidaba ninguno de aquellos á quienes se había dirigido, presentaban aquella expresión melancólica y harta de sufrimientos que reflejaba los muchos desengaños que había sufrido en los últimos años, tanto por la deficiencia de sus tropas como por el menguado afecto de su pueblo y los fracasos de la diplomacia. Con amable gravedad saludó el czar á las tropas, cuyos vivas atronadores resaltaron sobre los acordes de la música; pasó luego al frente de los oficiales, saludando con la vista á diferentes individuos, y después alargó la mano á su hijo mayor, el heredero del trono, al cual prometió asistir á la comida preparada para celebrar su cumpleaños. ¿Quién habría podido sospechar entonces que el ángel de la muerte se cernía sobre la cabeza del poderoso czar; que á algunos pasos de allí estaban dispuestos los asesinos, y que el heredero, satisfecho del paternal apretón de manos, se hallaría á las pocas horas arrojado al lado del cadáver ensangrentado de su padre!

(1) *El 13 de marzo de 1881 en San Petersburgo, por un testigo ocular* (Waldemaro Horst). *Gaceta de Colonia*, 13 de marzo de 1891.

La parada se efectuó de la manera acostumbrada; el emperador dió las gracias á las tropas por su actitud, se despidió de los generales y entró en el coche que se hallaba parado delante de la plaza de ejercicios, dando él mismo la orden al cochero de pasar al cercano palacio de la gran duquesa Catalina Michaelowna, donde había prometido almorzar.

Al dar la vuelta el coche para dirigirse al citado palacio, algunos transeúntes, según resultó de la información posterior, observaron junto al puente de Kasan una señora vestida de negro que se pasó tres veces por la cara un pañuelo blanco (2). A esta señal convenida se acercaron algunos hombres, en su mayor parte vestidos de aldeano, que acudían de diferentes puntos, siguiendo la calle á lo largo del canal de Catalina, que era el camino mas corto por donde el emperador había de pasar á su regreso al palacio de invierno. En una casa de la cercana calle de Jardines cerró su tienda un comerciante de quesos, que se había establecido recientemente, y se marchó con su mujer, lo cual siendo domingo no llamó la atención. Al día siguiente se descubrió allí una mina que había resultado inútil después que el czar había efectuado su regreso pasando por el canal de Catalina. El coche imperial se fué acercando con rapidez escoltado como siempre; la multitud se descubrió respetuosamente, y ya se daban algunos vivas cuando súbitamente se oyó una detonación formidable detrás del coche. Solo se veía fuego y humo; adoquines y astillas del coche volaron por el aire; los caballos se detuvieron espantados y á la intermediación del coche se revolcaban algunas personas en su sangre, cosacos de la escolta imperial y hombres y mujeres, entre otros un chico aprendiz de panadero, que gritaba lastimeramente: «¿Qué culpa tengo yo?» hasta que á los pocos instantes la muerte le cerró la boca. El cochero imperial, ruso genuino de luenga barba encanecida en el servicio de su amo, echó una mirada al interior del coche, y se convenció de que el emperador vivía y de que el coche, aunque muy destrozado, podía todavía servir. Dió latigazos á los caballos, cuando resonó del interior del coche la señal de parar. Se abrió la portezuela y se presentó el emperador con la cara lívida y las manos manchadas de sangre. Los cristales le habían herido ligeramente. Los oficiales y el pueblo se acercaron preguntando si estaba herido; el emperador contestó negativamente; pero al ver á los muertos y heridos que yacían en torno del coche, santiguóse y dijo con voz trémula y apagada: «¿Y éstos?» En aquel momento dijo un oficial de policía que el asesino había sido capturado; y en efecto, á pocos pasos del lugar de la desgracia dos polizontes estaban sujetando á un jóven en traje de aldeano que aparentemente tenía la vista fija en el emperador, el cual se le fué acercando y le dijo: «¿Eres tú el criminal que me ha querido quitar la vida? — Sí, — replicó con voz firme el jóven. — ¿Cómo te llamas?» El jóven contestó dando un nombre falso, pues su verdadero nombre según se supo después era Ryssakoff. Entonces se acercó un oficial de la guardia muy conocido del emperador que se informó de si el monarca en realidad estaba herido, á lo cual contestó el soberano: «No, gracias á Dios.» No debió de hacer caso de las heridas ligeras, y el criminal al oír su negativa dijo con sorna estas palabras, que solo pudieron oír los que estaban inmediatos: «Todavía no es tiempo de dar las gracias á Dios.»

El emperador no oyó estas palabras sino que se dirigió á lo largo de la barandilla del canal hácia el coche, apartándose la multitud respetuosamente. Entonces salió súbitamente de la multitud un individuo que levantó la mano derecha, en la cual tenía un objeto semejante á una pelota de nieve y lo arrojó entre su persona y el emperador. Se vió también

(2) Era Sofía Perowskaya.